

EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTI-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.
La redacción se halla establecida en la COMISION JENERAL DE LIBRERIA, calle de Granada, número 74.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamacion que no se haga en carta franqueada.

EL LOBO-TIGRE.

(*Felis-jubata*).



ESTE cuadrúpedo habita en las comarcas calurosas de Asia y África; es el mas ligero y el mas astuto de todos los animales cazadores, y aunque la pantera y el leopardo le aventajan en corpulencia y fuerza, le temen mas que á estos los colonos, cuyos rebaños ataca con grande frecuencia, á pesar de la vijilancia de los pastores. Salva con facilidad los cercados, se encarama en los árboles mas altos, se lanza á una distancia prodijiosa, y el jinete mejor montado no puede alcanzarle en la carrera: solo una bala ó una flecha es mas lijera que él.

Sus cualidades físicas y la belleza de sus formas y de su piel se reunen á una intelijencia y á una docilidad estraordinarias, de las que el hombre sabe sacar partido: en Asia se le adiestra para la caza de las ga-

celas, cuya rapidísima carrera no puede librarlas de los ataques de este temible enemigo. Los africanos no han sabido aun sacar partido del lobo-tigre; solo le conocen por sus fechorias, y le tienen declarada guerra á muerte.

Este animal ataca muy pocas veces á las personas, y si se atreve de tarde en tarde á avanzarle á un niño ó á una mujer, jamás lo hace con un hombre. Sin embargo, no puede tachársele de cobarde, pues se defiende con terquedad, y tambien sabe vengarse en algunas ocasiones, como lo experimentaron dos colonos del cabo de Buena-Esperanza, que al regresar de una caza de búbalos (especie de venados), encontraron un lobo-tigre y quisieron darle alcance. Uno de ellos le hizo fuego y logró herirle; pero el animal se volvió contra él, le derribó del caballo, y un combate cuerpo á cuerpo tuvo lugar entre el hombre y el bruto. El otro cazador se apresuró á echar pie á tierra para prestar ayuda á su compañero, y con riesgo de matarle al propio tiempo que al cuadrúpedo, disparó su carabina, causando á este último otra nueva herida. El lobo-tigre soltó entonces la presa y se arrojó sobre el segundo colono con tal ímpetu y prontitud, que este no tuvo tiempo de desenvainar el cuchillo de monte: clavóle las garras en el cráneo, y le hizo rodar con él al fondo de un barranco. El que habia quedado libre, aunque herido en mil partes, bajó al nuevo campo de batalla; pero allí solo tuvo la triste satisfaccion de acabar con la vida del animal, que la falta de sangre tenia ya postrado, pues su compañero era cadáver.

Se confunde jeneralmente al lobo-tigre con el leopardo, y á este con la pantera, y aun los colonos europeos han hecho mayor esta confusion dando el nombre de tigres á todos los animales carniceros de piel mosqueada.

El lobo-tigre se diferencia del leopardo en ser mas pequeño que este, mas negras sus manchas, mas abun-

dantes y mas redondas; en tener las piernas mas largas, en proporcion á su tamaño, y en hallarse dotado de una agilidad tal, que le permite subir á los árboles, lo que no puede hacer el segundo. Como posee todas las cualidades que constituyen al hábil cazador, no es extraño que su raza se halle mas estendida que la del leopardo y la pantera, y aun la del tigre y el leon, pues tiene mas recursos para escapar á los peligros que le amenazan y para proveer á su manutencion, puesto que no desprecia las presas que son desdeñadas por los otros animales de su jénero.

C.

MI SUEÑO.

En noche tranquila, que vida derrama,
amante en tus brazos tu aliento bebí,
gocé de tus ojos la vivida llama,
tu mórvido seno agitarse sentí.

Tus negros cabellos el viento azotaba,
flotando volubles del cuello en redor:
tu mano de nieve la lira pulsaba,
tu májico acento cantaba mi amor.

En blanco ropaje tu talle escondido,
robaba á la vista su gracia gentil:
cual tallo de rosa mostrábase erguido;
tus labios besaba la brisa sutil.

Tan solo las flores, tan solo la luna,
gozaron la dicha de verte cual yo,
pues fueron tus brazos entonces la cuna
do tantas venturas mi alma gozó.

La luna modesta sus rayos tendia
cual hilos de plata, hiriendo tu faz;
la brisa envidiosa tus hebras rompía,

llenando de aroma tan grato solaz.

De pronto una sombra sentí me ofuscaba;
la luna á mi vista tambien se perdió;
tu imájen divina de mí se apartaba,
y en densas tinieblas el campo quedó.

Ensueños de gloria de un alma que ansia!...
¡ay! ¡fueron delirios de amor que soñé!
¡terrible destino! ¡cruel fantasía!.....
¡ó sueño divino!.....¿por qué desperté?

JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.

LA CONQUISTA DE MALAGA.

NOVELA HISTÓRICA.

IV.

En el campamento de Fernando 5.º

Siete siglos hacia que jemia la España bajo el yugo sarraceno; siete siglos que la ceguedad de un rey, mas bien desgraciado que perverso, hundiera á la hermosa península, al jardín del mundo, en el lodo y en el polvo; siete siglos tambien que se habia empezado la gran obra de la redencion de la Iberia. Pelayo, el gran Pelayo, con su inaudito valor y enerjia, con su constancia sin igual, habia señalado á los españoles la senda que debieran seguir, y en siete siglos no habia hecho mas que aumentarse la gloria de los españoles, consiguiendo victorias á los infieles, destruyendo el imperio otomano.

Fernando 5.º parecia destinado por el cielo para llevar á cabo la colosal empresa que habia costado tantos años de continuas fatigas.

Las desavenencias intestinas de los mahometanos, que se repartieran el terreno *hattado* y erijieran en reyezuelos de cualquier rincon de la España cuando se hicieron dueños de ella, habian influido mucho en el feliz engrandecimiento del imperio de la Cruz; pero á proporcion que este aumentaba, se iba tambien dividiendo, al paso que los musulmanes, empezando á conocer su interés, se aliaron; y muy cerca estuvo de que se perdiera lo que tantos desvelos costara. Pero subió Fernando 5.º al trono de Leon:

su mas ardiente deseo era, no el de ensanchar sus dominios, sino el de arrojar á los infieles del terreno en que se habia adorado y debia adorarse al verdadero Dios. Veia con dolor que lo mismo que fué causa de que los musulmanes perdieran la mayor parte del territorio español, lo era á la sazón de que lo fuesen reconquistando, y trazas llevaban de recuperar lo que habian perdido. Su alianza con doña Isabel de Castilla, consecuencia quizá de esto, fué terrible á los islamitas; fué un golpe seguro y pronto, que apenas les dejó tiempo para reponerse de su sorpresa; y mientras esto sucedia, los Reyes Católicos, convocando á sus nobles vasallos, invitándoles á seguirles á una gloriosa cruzada, alcanzaban victorias y triunfos y avanzaban rápidamente, engruesando cada día sus fuerzas y recursos y llenando de pavor á los enemigos de los cristianos.

Ya se hallaban replegados en la Andalucía, alhaja preciosa, que querian conservar aun á costa de sus vidas; pero ignominiosamente derrotados en todas partes, echados de los dominios que poseyeran por medio de la falsía y de la debilidad de un hombre, que tan cara pagó su villanía, tuvieron que abandonar su edem, trocándolo por las áridas tierras de sus desiertos, donde fueron á llorar su desgracia, á predicar á sus hijos la venganza y á mostrarles con el dedo en el Occidente el punto en que se encuentra su *tierra de promision*. De este modo se dió cima á la gran obra de la redencion de la Hesperia, y no contentos con esta gloria, eterna para el nombre español, los Reyes Católicos se hicieron dueños de otro mundo, que nadie habia sabido apreciar.

Nuestra historia del siglo 15 es la mejor página de la historia del mundo.

Al fin habia logrado Fernando 5.^o acercarse á la celebrada ciudad de Málaga, á la joya del Mediodia, á la sirena que con sus encantos convidaba la molicie, repartiendo dones que solo un paraíso pudiera prestar. Al verla, se decidió á tomarla á toda costa, y juró que habia de ser suya, que no pasaria mucho tiempo sin que el rojo pabellon sarraceno, que ondeaba en la torre del Homenaje, fuese trocado por el blanco estandarte del cristianismo. Habia visto su deliciosa vega, aspirado el voluptuoso y embalsamado aire que la tempera; habia divisado sus mil torres, los minaretes de su soberbia mezquita, el orgullo de la coqueta ciudad del Mediterráneo, que recibe con placer el beso que el mar le da, arrastrándose humildemente hasta ella; habia observado la suntuosidad de sus palacios, la belleza de sus jardines, la solidez de sus murallas, y creia un sacrilegio dejar tan preciosa alhaja en manos de los infieles.

Cercó á la ciudad, y los moros, si bien hicieron por su parte algunos preparativos de defensa para oponerse á un asalto, no impidieron las maniobras de los cristianos. D. Fernando, que siempre procuraba la menor efusion de sangre posible, esperó á que se rindiera por miedo ó por hambre; pero los sarracenos tenían al mar en su favor y recibían algunos socorros por él; por cuya razon nada se habia adelantado al cabo de tres meses de sitio.

Ya se preparaban al asalto las tropas castellanas, y D. Fernando, desde su tienda, situada en el terreno que actualmente ocupa la iglesia de N. S. de la Victoria, daba las necesarias disposiciones á los maestros de las órdenes de Santiago y Alcántara, al marqués de Cádiz y á otros caballeros, cuando un musulman se presentó en el campamento, pidiendo audiencia al rey. Este le hizo conducir á su presencia, y le ordenó dijese lo que le llevaba á aquel paraje.

—La entrega de la ciudad, respondió lacónicamente Ali-Dordux, que era, segun ya habrán calculado nuestros lectores, el que habia penetrado en la tienda.

Una mirada de desprecio de todos los presentes fué la respuesta que obtuvo el moro, pues hasta un infiel se degrada con la traicion. Sin embargo, como podian ser de mucha utilidad las noticias que diese, el rey le preguntó:

—Y en qué términos?

—Rey de Leon, y vosotros, señores castellanos, repuso Ali, no merezco esa mirada altiva con que me queréis confundir. Quizá no me haya valido de una frase propia para espresar mi comision: soy enviado por los principales moradores de Málaga para ajustar las condiciones de una honrosa capitulacion.

—Qué decís de esto, señores? preguntó el monarca á sus capitanes.

—Mi parecer es que no se admitan condiciones; contestó el marqués de Villena. Tenemos suficientes fuerzas, y esperamos mas de mar y tierra; poseemos víveres y dinero en suficiente cantidad, y á nuestro corazon sobra la fe para arrojarnos ciegamente en medio del ejército sarraceno.

—Por mi parte opino como el marqués, añadió el gran maestro de la orden de Santiago: todos mis caballeros y yo estamos dispuestos á no cejar un punto de la honrosa línea que nos hemos trazado.

—Otro tanto habria yo dicho si hubiese hablado el primero, repuso el maestro de Alcántara: aunque viésemos cien cimitarras sobre cada una de nuestras cabezas, no retrocederia yo ni ninguno de los caballeros de mi orden.

—Es decir que no hay mas partido sinó que se entregue á discrecion, objetó el rey.

—No llegan mis facultades hasta el extremo de aceptar esa proposicion, contestó Ali-Dordux; pero son muy modestas las de mis hermanos. Evacuarán la ciudad si se les ofrece la libertad y se les permite llevar con ellos sus riquezas.

—No puedo ofrecerte lo que pides, porque esas riquezas las han adquirido por una usurpacion, y deben restituirlas; las han reunido en este suelo, y en él las han de dejar.

—Llevaré esa respuesta á mis hermanos?

—Oye. El asalto tendrá lugar muy en breve: mis tropas son numerosas, de valor, é inflexibles para con los musulmanes, como ya habrás tenido ocasion de ver, ó al menos de oir; por lo tanto, la escena será horrorosa. Ya empiezan los soldados á murmurar de la inaccion en que nos hallamos, y dada la señal, nadie los podrá contener. Procura, pues, convencer á tus compatriotas.

—Ab, señor! Ellos no se convencerán, porque aman á sus riquezas mas que á su vida. Pero yo quisiera que me protegieseis, que me prometieseis la vida y la libertad de mi persona y familia, así como, la conservacion de mi corto patrimonio, si llegase el caso de que acabais de hablar.

—Y que darías tu en cambio de lo que pides?

—Señor....

—Si amas á tus hermanos, debes procurar conciliarlo todo para que, si es posible, se terminen estas negociaciones sin tener que lamentar desgracias, que siempre ausio evitar.

—Las personas que me han enviado, me han dado poder para aceptar ó desechar las proposiciones que se me hicieran. Negar la lastimosa situacion de los sitiados, seria en vano, puesto que os es conocida; prefiero, pues, servirme de esta circunstancia para deciros: rey de Leon, afirman que el cristiano ama á su prójimo, porque la caridad es una de las virtudes que deben practicar, segun su religion. Acordaos, señor, de que sois cristiano.

—Nunca lo olvido, sarraceno, nunca; y por eso quizá me llamen el Rey Católico. Pero yo no debo desheredar á mis súbditos de las propiedades que pertenecieron á sus abuelos, y que por lo tanto son tuyas. Sin embargo, puede haber algunas escepciones. Tu, por ejemplo, serás invariable en tu persona, familia y bienes, como desees, si logras dar cima á la capitulacion con las cláusulas espresadas.

—Seria una villanía.

—Y además te se daría una buena cantidad de dinero, como

prueba de reconocimiento por nuestra parte.

Hasta entonces Dordux había hecho cuanto le fué posible para aliviar la suerte de los que habían puesto la suya en sus manos: hasta entonces se había conducido como hombre de honor; pero sonó en sus oídos la palabra *dinero*... dinero, que era la llave mágica de su corazón, y ya no escuchó mas que la voz del egoísmo: solo se mantuvo firme el tiempo que creyó necesario para no descubrir al rey-caudillo que era la codicia el móvil de todas sus acciones.

Al fin quedó concertado que por cierta señal sabrían los cristianos el buen ó mal éxito que obtenían las persuasiones que iba á emplear con los conjurados: en caso de ser favorable para el rey de Leon su decision, al dia siguiente se entregaria la ciudad y entrarian triunfantes en ella las huestes castellanas; se respetaria á Dordux y se le entregaria la cantidad estipulada. En el caso contrario, se daria el asalto al nacer la aurora, y tomada la plaza, á nadie se guardarian consideraciones.

A las pocas horas de esta entrevista se veia una señal en las murallas: indicaba que al dia venidero iria una diputacion á llevar las llaves de las puertas de Málaga al rey D. Fernando.

Dordux, por medio de un engaño, habia conseguido lo que ambicionaba su avariento egoísmo: dijo á sus amigos que el soberano leonés le habia facultado para concederles cuanto solicitasen, y de este modo logró que la mayoría de los conjurados acordase la entrega á discrecion.

EL POBRE DIABLO.

QUIEN LO PENSARA!

NOVELA.

(Continuacion.)

«Es preciso reflexionar,» se dijo el atribulado señor: «el enemigo está cerca; el combate amenaza ya; la muerte puede ensangrentar al último periodo de mi vida.» Se retiró á su cuarto, se sentó delante de una mesa, abrió un libro, leyó aquel fatídico verso, y tembló. Reflexionar!... La imájen del seductor estaba pintada en la memoria del anciano: aquellos ojos azules le miraban, y la entreabierta boca del demonio parecia decirle: «muévete, si te atreves.» Y se levantaba un brazo nervioso, aunque enflaquecido, y una mano huesosa amenazaba al esposo, mientras otra acariciaba la cintura de la recién desposada. Reflexionar!... ¡Esta operacion mental no era fácil, no era posible en la ausencia de la calma, en la presencia de la inquietud. Teo-

dora llegó providencialmente para interrumpir las negras ideas del marqués, quien á fuer de prudente, quiso disimular la pena que le ajitaba; y llamando en su auxilio al denuesto marcial de los días de sus campañas, colándose el sombrero y echando mano al sable, bajó con su esposa la escalera, parasubir al coche dispuesto para el paseo. Esto dijimos al terminar el capítulo primero.

Galante trató de aparecer con Teodora, y chistoso algunas veces para acallar sus propios pensamientos y hacer sonreír la graciosa boca de su reina que, á la verdad, sonriendo era mas linda que una flor que se entreabre al despuntar la aurora, y este goce experimentaba el marqués siempre que sonreía su compañera: la boca de la niña era la flor; el arbol de sus mejillas, el purísimo carmin de la mañana.

Por un resto del buen sentido que aun conservaba el marqués, no dudó de la fidelidad de su esposa. En honor suyo debemos dejar escrito que nunca la creyó perjura, infiel, ingrata, ni siquiera indiferente. Además de que el Sr. del Acueducto no se tenia en tan poco, que temiera parecerse á cierto marqués de Babia, que juega en cierta obra. No temia, pues, que la blanca y pura paloma que era suya, le abandonase: temia, sí, al milano, que podía devorarla... porque aquel hombre podía devorar al menos la reputación de la hija de un hidalgo, hártó conocido por sus patrióticos esfuerzos, y de la Esma. Sra. marquesa del Acueducto. La pertinacia del hombre alto haria notable su galanteo, y el buen nombre de una mujer, ya lo sabeis, lectores míos, es la cosa mas precedera que hay en el mundo. El marqués no entendia de esa máxima que afirma que el oro sale mas puro del crisol: él no queria crisoles para su apreciado grano de oro; no ambicionaba para su esposa la palma del triunfo en un combate vigorosamente sostenido: bastábale verla adornada de las flores que su amor le regalaba como pacífica ofrenda de su corazón dichoso. Y en esto hacia bien; porque, como militar, había visto rendirse fortalezas que parecian inexpugnables; y la mujer deja descubierta al enemigo flancos tan débiles!... ¡hay tiradores tan certeros!... ¡hay mineros tan hábiles y afortunados!... Bien pensaba el marqués: nuestras mujeres debieran vivir encerradas en santuarios, que solo se abrieran para los respectivos esposos. Así como tenemos en frascos herméticamente tapados la fragante y volátil esencia de rosa, así debiéramos tener á nuestras mujeres en gabinetes amurallados: la esencia de rosa se evapora ya lo sabeis, al momento; la virtud de la mujer se puede también *desvirtuar* pronto, al instante....

ADVERTENCIA INDISPENSABLE. Las últimas observaciones no son mías: á cada uno lo suyo. Un marido, muy sensato sin embargo, es quien las ha hecho, y por complacerle las enjareto en mi narración, que las admite. Lo que yo opino respecto de tan delicado punto, no es para decirlo ahora: mas adelante, si vivo, si no muere la imprenta, y si hay cajistas, clase que tal vez se dedicará á las obras de los ingenieros de ferro—carriles mas bien que á las de los literatos, en cuya cabeza escarmentaré yo que, sin serlo, tengo la mania de hacer letras.

Suavemente rodaba el coche sobre la blanda yerbecilla de una frondosa alameda de arboles, de esos que resisten mas á las furias del destructor invierno: aquel sitio era mas agradable al marqués que el desembarazado camino real. Grandes eran sus esfuerzos para apartar de su imaginación la horrible luz del astro que se había parado delante de su palacio. Con los chistes y las atenciones que regalaba á Teodora queria conjurar la tempestad; pero estaba ya inflamada la materia combustible. De vez en cuando sentia el marqués un golpe, como dado en el fondo de su corazón por algo que en él hubiera caído: se estremecía y el rostro se le ponía pálido y las manos le temblaban: He aquí un terrible efecto de los celos.

Media hora habria transcurrido desde que dieron principio á su paseo los

consortes, cuando un rumor lejano, sordo, como cuando se anuncia un temblor de tierra, hiere los oídos del marqués. Con la atención del avaro, que teme ser robado en el silencio de la noche, presta él toda su atención al ruido que percibe. Inclina la cabeza hacia la portezuela del coche; los ojos se le dilatan, y en todo su semblante se ve pintada la ansiedad, y el espanto se aparece. Por momentos va aumentando el rumor, y á poco se convence el marqués de que no es su carruaje el que únicamente perturba la quietud de la solitaria alameda. Impaciente, alarmado, descubre la cortinilla que velaba por la parte interior el cristal colocado en el testero del coche, y á través de aquel vidrio envía una mirada ambiciosa á lo largo del paseo. Oh! hubiera querido penetrar con aquella mirada el denso muro que le oponían muchos troncos de árboles altos y acopados á la entrada de la alameda, á donde todavía no había llegado el carruaje que se anunciaba. Se propone observar, y por nada apartó su vista de aquel punto.

La tarde era serena: el sol estaba próximo á su ocaso; y ese tinte de melancolía que baña á todos los objetos del campo cuando desaparece el globo de luz que tan diversa y agradablemente los matiza, contribuía poderosamente al sobrecojimiento que embargaba en sus latidos el corazón del marqués; y estos no eran regulares, sino que después de uno y de un intervalo de tiempo, mas ó menos prolongado, se repetían dos ó tres sin interrupción. Por dicha, que siempre hay alguna aun en los grandes conflictos, el polvo que se levantó á la entrada de la alameda indicó por fin que un carruaje lo agitaba: el ruido se hizo mas perceptible, y muy pronto, disipada la polvareda, vanguardia del carruaje que se acercaba, por el vapuleo del látigo del cochero, el marqués distinguió clara y perfectamente el landó de su vecino, y ¡maldición! su vecino en persona lo ocupaba con otro hombre, que llevaba en la cabeza un sombrero de tres picos y al lado un machete.

¿Habéis temido alguna vez, cuando niños, la apatición por una esquina, de un contrario vuestro, en esos juegos de la infancia, en que el orgullo se revela y se siente brío para vencer y temor de ser vencido? Así el esposo de Teodora temía ser alcanzado, y sin cálculo temía, y no podía hacer otra cosa que temer.

—Aprisa, dice á su cochero. Salgamos al camino real; pero aprisa.

Silba el látigo, y el carruaje pareció una flecha despedida del arco.

—Adelante, mas allá; á lo largo del camino, sigue diciendo el marqués. Y la nube de polvo que se levanta del suelo envuelve al coche, y sofocando á la delicada Teodora, que si evita la introducción en su boca de aquella sustancia acercando á los labios su pañuelo, se espone á grave peligro no respirando libremente. Su esposo no la veía; el marqués no separaba sus ojos del vidrio, por medio del cual observaba los movimientos del enemigo.

De la misma manera que al suyo, circundaba el carruaje de su vecino una esfera de polvo, que reflejando los rayos de color de naranja del sol poniente, diríase que una nube de gloria ceñía la carroza de batalla de un conquistador, que perseguía á su enemigo, puesto en retirada.

La mano del octojenario jeneral oprime la de su esposa; un momento se vé en la frente del marqués la esperanza: subía el coche una cuesta, á cuyo extremo el camino se dividía en dos ramales. ¿Cuál elegiría para evadirse de la persecución de su contrario? La duda de nada le servía: uno, cualquiera; siempre quedaba la esperanza de que el seductor siguiera su paseo por el otro lado.

Fatalidad! el implacable vecino sigue las huellas del coche: ya no hay remedio: la guerra está comenzada; las intenciones del perseguidor son ya conocidas; un raptó... ¡un raptó! esta idea hiere la imaginación del marqués de una manera tan viva, que la sangre se le heló en las venas. El coche corría; no era posible dar mas velocidad á las yeguas que lo arrastraban; el

marqués hubiera querido que aquellos brutos fuesen el huracán y el rayo. A cada cuesta que salvaban, y que despues ganaba tambien el landó, un ruido sordo se escapaba del pecho del escolentísimo; y al verse luego al pie de la pendiente, creia que el landó iba á caer sobre el como una piedra desprendida de lo alto, y su anhelo se aumentaba hasta que se veia sobre otra cuesta y al landó deslizándose por la pendiente que el coche habia dejado detrás. Esta agonía se prolongaba, porque aquel camino estaba construido en medio de montañas, y no habia sido posible hacerle tan llano como se ve el mar en el horizonte.

Y en tanto la fatiga es insufrible. Teodora se siente mala; es preciso que se ande despacio... Despacio! ¡y verá de cerca el seductor las gracias que codicia! Pero aquellas gracias piden socorro, y es preciso andar despacio. Las cortinillas evitarán que los ojos del vecino vean á Teodora.

El marqués da la orden, y el carruaje va saliendo lentamente del seno de la nube de polvo que lo rodeaba: las yeguas dan señales del placer que sienten con el descanso que se les permite, y Teodora dá tambien libre salida á un suspiro, que bastante tiempo habia detenido en su pecho.

La noche se acercaba, y se hacia indispensable volver á la ciudad, volver á casa. Nuevo conflicto, eso seria presentar la presa al lobo. «De ningún modo,» dijo S. E. Una casita que distinguí al lado del camino, le pareció buen puerto de salvacion en la deshecha borrasca que todavá no se calmaba. Mandó al cochero que parase á la puerta de aquella casa. Cuando á ella hubieron llegado, el marqués fué el primero que se apeó del coche, y dando la mano á Teodora, la ayudó á bajar, y en seguida la llevó á lo mas retirado de aquella casi cabaña. Despues de seis minutos paró tambien á la misma puerta el landó maldonado.

(Se concluirá.)

JUAN VILA Y BLANCO.

CRÓNICA DE ESPECTÁCULOS.

TEATRO.—*Beneficio de la sin par actriz doña Matilde Díez, verificado en la noche del 9 del corriente.*—Cuando una persona ha llegado por sus talentos á adquirirse una fama universal é indestructible, por estar basada sobre un cimiento sólido, la razon, poco pueden aumentarla los justos elogios que se la tributen; pero estas alabanzas serán siempre un nuevo lauro, que adorne la sien de la persona á quien se dedican.

No aspiramos á tanto al escribir estas líneas: solo queremos ser el eco del entusiasmo que con tanta justicia ha inspirado al público malagueño la inimitable actriz doña Matilde Díez.

Ya la habíamos admirado en la **Escuela de las coquetas, Bandera Negra, Cecilia la ciegucecita, La rueda de la fortuna y Una ausencia...** que tantas lágrimas hizo derramar á los bellos ojos de nuestras niñas del Guadaihorce: la habíamos visto tomar las diferentes facies de la seductora coqueta, la altiva castellana, la infeliz mendiga, la sagaz cortesana y la culpable arrepentida, con esa gracia, esa maestria, de que ella, solo ella, es capaz.

Se esperaba, sin embargo, la ultima funcion que habia de ejecutar para su beneficio, y se esperaba con placer y disgusto: placer, por el que siempre proporcionala su vista; disgusto, por que se sabia marchaba á Madrid inmediatamente despues de la ejecucion de **El castillo de S. Alberto**, drama que eligió para aquella noche.

Pero entorpecimientos y obstáculos imprevistos hicieron que se retardase el día de la funcion; y la señora Díez, urjiéndole marchar á la corte, iba á verificar su partida sin presentarse por última vez, porque aun no podíamos creer lo fuese la anterior, cuando todo se arregló; todo, hasta la detencion de la diligencia por algunas horas, con el objeto de que no perdiese un momento en el acelerado viaje que emprendió; y por fin, se fijó la funcion para el día 9 del corriente.

Aun era problemática la noticia, y se notaba la aproximacion de un suceso

importante. Importante, sí, porque era el triunfo de la artista por excelencia, el triunfo de las artes españolas. Cada cual hablaba de la ofrenda que había de poner á los pies de la maga, y todos de un presente digno de ella. Desgraciadamente la premura del tiempo ha desbaratado la mayor parte de estos proyectos.

Llegó la deseada noche. El calor era sofocante; pero nadie se acordaba del calor. Todos corrían presurosos al humilde templo en que se había de admirar á la gran deidad; pronto no quedó hueco ni resquicio que no estuviese ocupado.

Levantóse el telón. La encantadora Matilde se presentó con esa dignidad, con esa firmeza, tan natural el carácter de su papel.

Después de los diversos sentimientos del corazón humano que en las anteriores funciones nos hizo apreciar, había dejado para la última el mas sublime de todos: el amor de madre. Este afecto, que ennoblece á la mas bella parte del género humano, ha sido perfectamente comprendido por la señora Díez. Sus dulces acentos, sus inquietudes, sus temores por la suerte de su hija, estuvieron perfectamente expresados: el orgullo de una madre, los sacrificios de que es capaz, fueron presentados con esa naturalidad que tanto la distingue. Pero sobre todo sobresalió en dos escenas: en el reconocimiento de su hija, y en la que sigue á la sentencia que fulmina contra ellas el cruel Guillermo de Flavy. La espantosa serenidad con que quiere acostumbrar á su hija á la idea de la muerte, sus ojos errantes y desencajados, el grito desgarrador que se escapa de su pecho al creer que ya ha llegado la terrible hora, son inimitables. Verdaderamente no se podría encontrar una intérprete mas digna del lazo que une al Criador con lo mas bello de sus creaciones.

En algunas escenas de **El castillo de S. Alberto** se nos representaba la Matilde tan sublime, tan poética, tan ideal, en su sublime y poético papel, que creíamos ver á sus pies á Talía humillada, Melpómene enternecida, á las Gracias y los Jenios volando á su alrededor, y los divinos acentos de su voz semejabán á nuestros oídos los deliciosos sonos de una música lejana.

El público oyó el primer acto con gusto, el segundo con entusiasmo, y en el tercero rayaba en delirio la sensación que se experimentaba. Después de concluido este acto fué llamada á la escena, y una lluvia de flores y poesías, así como el presente de una corona, que la obligaron á ceñirse, y de la cual pendía una medalla de oro, la aseguraron del fallo del público respecto á su mérito. La medalla era de valor de unos mil reales: en el anverso se leía: «LA ACTRIZ DOÑA MATILDE DÍEZ, LOS ADMIRADORES DE SU TALENTO,» y en el reverso: «MÁLAGA: AGOSTO DE 1846.» En los actos siguientes fué muy aplaudida, y mas de una vez tuvo que suspenderse la representación del drama para dar lugar á que se calmase el entusiasmo del público.

Adios, pues, seductora Matilde! Si los extranjeros con sus saltos y mojigangas, cuyo mérito no es nuestro ánimo rebajar, logran llamar la atención por un momento, puedes estar segura de que el recuerdo de tus divinos acentos será eterno en el corazón de los malagueños.

TOROS.—La corrida verificada en la tarde del 9 del corriente dejó muy complacidos á los espectadores. Los seis toros que se lidiaron fueron buenos, y en particular el primero agradó mucho. La circunstancia de haber empezado la función á las cuatro y media, cuando á las siete ya es de noche, no permitió que la lidia de cada toro, excepto la del primero, durase el tiempo debido: así es que el último, que era excelente, apenas permaneció en la plaza algunos minutos; sin embargo de esto, hubo veinte caballos muertos y varios heridos. Los lidiadores de á pie trabajaron bien, y también los de á caballo en lo que sus fuerzas permiten, que á la verdad no es gran cosa. Montes saltó al trascuerno al tercer toro y capeó al cuarto con su inimitable gracia y maestría; pero en el malat estuvo poco afortunado: no así el segundo espada, Martín, que dió muerte de una buena estocada á cada uno de los dos toros que le tocaron. La concurrencia fué escasa, y esto no es extraño, pues el precio de entrada y el de las localidades es carísimo, mucho mas que en ninguna otra plaza de España.

Málaga: Imp. de D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, núm. 74.